

LECTURA POLÍTICA DE THOMAS MANN (5) — (2019)

Aníbal Romero

5. Mann contra Hitler (primera parte).

El ascenso de la popularidad de Hitler y los nazis durante los años veinte fue gradual, hasta que se produjo el gran salto adelante con las elecciones parlamentarias de septiembre de 1930. En esa ocasión los nazis pasaron de 12 a 107 curules, y sumaron casi 6.400.000 votos. Sólo fueron superados por el partido socialdemócrata, de centro-izquierda, con 143 curules y casi 8.600.000 votos, perdiendo sin embargo diez puestos en la cámara. Los comunistas ganaron 23 curules adicionales para un total de 77, respaldados por alrededor de 4.600.000 votantes. Los 250 curules restantes se distribuyeron entre docenas de partidos, que iban desde la derecha tradicional hasta el partido contra el consumo de alcohol, los evangélicos y el partido de los campesinos. Participaron en total 35 millones de electores.

El resultado estremeció a Alemania y Europa. La derecha conservadora tradicional, la que imperó durante los tiempos de la pre-guerra, drenó millones de seguidores hacia Hitler, mostrándose casi impotente a ojos de un electorado ansioso de alternativas contundentes frente a la crisis nacional. Los comunistas, apoyados por Moscú, se enfrentaban a los igualmente violentos nazis en las calles. El “centro” político alemán lucía exhausto y la anarquía y la dictadura se asomaban como opciones más probables, en medio del agotamiento y la exasperación de una sociedad extraviada.

La oposición de Mann hacia Hitler y los nazis, sin embargo, no fue gradual sino clara y consistente desde un comienzo, y la trayectoria política del escritor durante este período, que ahora acompañaremos hasta el momento de su conferencia de 1930, *Un llamado a la razón*, puso de manifiesto coraje personal y un empeño incansable. Las actividades políticas de Mann le llevaron, por una parte, a desarrollar una robusta reflexión sobre los orígenes y significado de lo que denominaba “el fascismo alemán”, y por otra a acercarse

al socialismo en su caso, quería decir socialdemocracia, o en otras palabras una postura de izquierda moderada distinta al comunismo marxista.

Como esbocé en otra sección de este ensayo, ambos aspectos de su evolución política, la lucha contra el fascismo alemán y la aproximación, a su manera, a la socialdemocracia, tuvieron sus raíces en los principios de la “alta civilización” que Mann siempre protegió como lo más valioso de su herencia e identidad artística e ideológica. De allí que su repudio hacia Hitler y los nazis incluyese, como componente importante, la aversión que ese *ethos* burgués clásico experimenta con relación a una política de masas sustentada en instintos y mitos, y agitada por la demagogia. En cuanto a sus simpatías socialdemócratas, las mismas se movían en un plano primordialmente ético, que en la práctica buscaba el fortalecimiento de la unidad de los partidos y movimientos democráticos contra el enemigo mortal nazi.

Conviene enfatizar este último punto, pues en algunas ocasiones, en el transcurso de esos años convulsionados, Mann se pronunció con inusitada intensidad a favor de posiciones de izquierda, lo que ha dado lugar a inacabables controversias.ⁱ No obstante, la explicación de ello no se encuentra en que el escritor se convirtiese al maxismo o se hiciese comunista, lo cual jamás ocurrió, sino que la vorágine de los acontecimientos le llevó en determinadas y apremiantes coyunturas a poner todo su prestigio intelectual en función del rechazo a Hitler, y por lo tanto junto a quienes se oponían con mayor vigor a los nazis.

En este sentido, por distintas razones y salvando todas las necesarias distancias, Thomas Mann tuvo el mismo acierto que León Trotski, quien percibió a tiempo que la política de Stalin y los comunistas alemanes, que acusaban a los socialdemócratas de traidores a la causa obrera y les concebían como el enemigo principal, en lugar de Hitler, era un monumental error que traería, como de hecho pasó, consecuencias catastróficas.ⁱⁱ

La estupenda biografía de Hermann Kurzke lleva a cabo un detallado seguimiento del recorrido de Mann durante esos años, y cita un estudio en el cual se enumeran 375 publicaciones del escritor con algún fondo político, realizadas entre 1922 y 1933. Ya en 1921 Thomas Mann se refería al todavía incipiente partido nazi como “disparate con

esvástica”. El escritor interpretó el “fascismo alemán” como una recaída hacia el abismo caracterizada por un irracional fanatismo, como una “barbarie romántica” que contaminaba a una sociedad desorientada y presa de angustia. Con gran perspicacia, este notable biógrafo de Mann sostiene que: “La lucha contra el fascismo era también la lucha contra su propia fascinación por el oscurantismo político y las consecuencias políticas del coqueteo con la muerte.” Para Mann los jefes nazis eran “gángsteres de la peor calaña”, y a Hitler le veía como una “bestia con patas de histérico.” De nuevo, con su usual lucidez, Kurzke comenta que para el escritor el nazismo era la antítesis de todo ese refinamiento, de todo ese hondo apego a una decencia esencial que Mann describió en *Los Buddenbrook*.ⁱⁱⁱ

Las ideas sobre el “fascismo alemán” que Mann desarrolló esos años, fueron organizadas y expuestas por el escritor en una muy importante conferencia, pronunciada en Berlín el 18 de octubre de 1930 y conocida como *Un llamado a la razón* o *El discurso alemán*. En esa ocasión Mann llevó a cabo un análisis de las raíces profundas del resultado electoral de septiembre de ese año, así como de sus causas más inmediatas; se expandió igualmente acerca de las fuentes ideológicas del nazismo, preguntándose de manera explícita si Hitler y su movimiento eran un fenómeno pasajero o acaso expresaban corrientes profundas del alma alemana. El escritor también formuló interrogantes sobre la adecuación, o falta de ella, del sistema parlamentario occidental para las condiciones de Alemania, exploró las circunstancias políticas vigentes y terminó su charla lanzando un llamamiento a favor de la socialdemocracia, distinguiéndola del comunismo bolchevique.^{iv}

Una vez más, Mann reafirmó en su presentación su procedencia socio-cultural, declarando: “Soy un hijo de la burguesía alemana y jamás he renegado de las tradiciones espirituales que pertenecen a mis orígenes.” A partir de allí Mann desplegó un argumento de amplio alcance, refiriéndose al grave impacto que seguía teniendo sobre la Alemania vencida el Tratado de Paz impuesto por los aliados en 1919. Según Mann —y en esto coincidía con la abrumadora mayoría de sus compatriotas de su época, de todas las tendencias políticas, e incluido Hitler— dicho instrumento jurídico había establecido una paz de triunfadores, una paz punitiva y miope que condenaba a Alemania a un humillante

estado de servilismo y subordinación, que a su vez generaba una permanente inestabilidad.

Me parece claro que Mann tenía razón en cuanto a que las cláusulas del Tratado y sus hirientes sanciones, abrían un dilatado espacio para el nacionalismo radical y la acción de hábiles demagogos como Hitler. Por otra parte, una crítica del Tratado tiene que tomar en cuenta que su incumplimiento no se debió sólo a la resistencia alemana, sino a la carencia de voluntad y divisiones entre los aliados, una vez concluida la guerra.^v Lo que sin embargo debe enfatizarse es que Mann manifestaba quejas en torno a las que millones de alemanes se agrupaban, denunciando, en palabras del escritor, la “política ciega y arcaica de tributo” impuesta por los poderes victoriosos. Pero en su charla Mann tomó además un camino no tan popular cuando abogó por una revisión pacífica del Tratado, evitando la violencia, tarea que en su opinión estaba siendo adelantada con paulatino y esperanzador éxito por los acosados políticos moderados de la frágil República.

Si bien el caldo de cultivo de la creciente desesperación y anarquía de la sociedad alemana podía atribuirse a la “paz de Versalles” y sus desestabilizadoras consecuencias socio-económicas, Mann fue inequívoco al señalar que los recientes resultados electorales no podían ser explicados en términos puramente económicos. El apoyo a Hitler y los nazis no debía reducirse a interpretaciones basadas en un estrecho materialismo, sino que era indispensable, pues se correspondía con la verdad plena de las cosas, tomar en consideración adicionales factores políticos y psicológicos. La situación de cuasi-servidumbre en que había quedado Alemania y los agudos sufrimientos de una población que había visto el valor de sus propiedades, salarios y ahorros pulverizarse por la vorágine inflacionaria, sembraron las semillas de un generalizado estado de espíritu: el de un pueblo que se rebelaba y que “podría convertirse en una amenaza mundial”. Es decir, Mann argumentó que a la sociedad alemana se le había exigido demasiado, dando la voz de alarma sobre el peligro que esta situación implicaba.

Es quizás en su análisis acerca de las fuentes ideológicas del “fascismo alemán” donde Mann alcanzó mayor lucidez. A la vez, no obstante, mostró las limitaciones que su

invariable apego al clima intelectual en que se formó imponía a sus reflexiones. Por un lado, Mann resaltó que en la sociedad alemana cundía la sensación de que toda una época estaba llegando a su fin. Se refería a la época burguesa que empezó con los ideales de libertad, igualdad y fe en un continuo progreso de la humanidad hacia más elevados estadios de perfección moral. Mencionó el movimiento expresionista en el arte y el irracionalismo filosófico como dos de los ámbitos en que un culto a la muerte, sumado en el caso de los nazis a “una barbarie anómala de vulgaridad popular primitiva”, embestían contra esos ideales, estudiándoles como manifestaciones de una atmósfera intelectual tóxica y destructiva que contrastaba con los valores del “humanitario e idealista siglo XIX”.

De otro lado, y haciendo gala una vez más de su fidelidad a los que fueron siempre sus mentores intelectuales, Mann citó a Goethe, Schopenhauer, Nietzsche y Wagner como representantes de lo mejor del espíritu alemán, sin en apariencia percatarse de que se refería a figuras –no incluyo a Goethe-- cuando menos muy controversiales, o en todo caso de influencia ambivalente por su pertenencia a corrientes de pensamiento irracionalistas y anti-democráticas. Al afirmarlo no pretendo ni menoscabar la talla artística y filosófica de estos personajes, ni entrar ahora en la ya vieja polémica sobre el significado e impacto político-ideológico de sus aportes. Sólo deseo dejar claro que Mann hizo esfuerzos por rescatar el legado de esa tradición intelectual para una causa, la de sus nuevas convicciones democráticas, poco apta para tal propósito.

Otros tres puntos ameritan ser destacados. En primer término las dudas mostradas por Mann sobre la aplicabilidad del sistema parlamentario occidental a las condiciones alemanas después de 1918, en vista de las divisiones que obviamente se observaban en la afligida República. En lo que a esto concierne, aparte de manifestar su inquietud sobre el asunto Mann no pasó de insinuar el tema de una posible vía propia de Alemania en la política, que combinase lo mejor de diversas opciones.

En segundo lugar y ya en un terreno más firme pero engorroso, el escritor se hizo una pregunta que comenzaba a atormentarle, y que constituiría el centro de sus preocupaciones literarias, ideológicas y éticas durante el resto de su vida: ¿Era el nazismo

un coloso con pies de arena, o era su mensaje una auténtica, aunque repudiable, expresión de profundas y tenebrosas corrientes subterráneas que fluían en el alma alemana? Dicha interrogante tenía para Mann no solamente una referencia política, social y psicológica que abarcaba al conjunto de su sociedad, su historia, su presente, y las penosas contingencias que la realidad hacía prever. Dicha interrogante, repito, se dirigía al propio Mann, a su conciencia de sí mismo, de la que había sido su carrera hasta el fin de la guerra y de los desafíos que para él se perfilaban en el curso histórico que entonces experimentaba. Esta fue la pregunta que condujo a Mann a escribir su novela de 1947 *Doktor Faustus*, una obra que se caracteriza por la desoladora angustia que consume a sus principales personajes, y por el hundimiento del entorno que les circunscribía. De igual modo esta interrogante recorre la participación política de Mann en la lucha contra Hitler durante todos estos años, hasta el colapso del régimen nazi.

El mensaje con el cual Mann completó su conferencia, que suscitó de inmediato encendidas polémicas y causó que su autor fuese rechazado con todavía mayor ferocidad por sus enemigos políticos y literarios, se centró en la distinción entre la socialdemocracia y comunismo bolchevique. Según Mann el movimiento socialdemócrata alemán buscaba, ciertamente, mejorar las condiciones de existencia de la clase trabajadora y abrirle las puertas a un futuro mejor; al mismo tiempo, y a diferencia de los sectores extremistas y de una parte de las agrupaciones conservadoras tradicionales, la socialdemocracia pretendía alcanzar los objetivos sociales y económicos que proclamaba mediante la preservación y fortalecimiento del sistema democrático. Es decir, la socialdemocracia no buscaba, a la manera de los comunistas, un cambio social y económico al costo del sacrificio de las libertades democráticas y las prácticas parlamentarias. Sumado a esto, el movimiento socialdemócrata alemán, de acuerdo con lo expuesto ese día por el escritor, estaba comprometido con una política de paz y entendimiento mutuo con el resto de naciones europeas, y con una modificación concertada de las cláusulas punitivas del Tratado de Versalles. Por todas estas razones, Mann no dudó en concluir afirmando que el lugar adecuado para el *ciudadano* alemán, para las personas que ansiaban una existencia política a la vez libre y digna, era el partido social-demócrata.

Resulta conmovedor, tantas décadas más tarde, leer este crucial texto de un genuino conservador, que amaba a su país y se sentía heredero de sus mejores tradiciones, pero que se hallaba en un contexto histórico que le arrancaba de sus acostumbrados predios y removía sus costumbres y hábitos, poniendo en cuestión sus más firmes creencias.

NOTAS.

ⁱ Véase, Thomas Mann, "Culture and Socialism", *Past Masters and Other Papers* (New York: Books for Libraries Press, 1968), pp. 201-214

ⁱⁱ He analizado estos eventos y las reacciones políticas ante los mismos en mi libro, *Líderes en guerra*. Véase, A. Romero, *Obras Selectas* (Caracas: Editorial Equinoccio, 2010), Tomo III, pp. 119-130

ⁱⁱⁱ Hermann Kurzke, *Thomas Mann. La vida como obra de arte* (Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2003), pp. 308, 379-381, 385, 424

^{iv} La síntesis que sigue se basa en el texto del *Llamado a la razón*, publicado por A. Kaes, M. Jay y E. Dimenberg, eds., *The Weimar Republic Sourcebook* (Berkeley: University of California Press, 1995), pp. 150-159

^v Sobre este tema, puede consultarse el excelente libro de Donald Kagan, *On the Origins of War* (New York: Anchor Books, 1995), pp. 281-436